

revolucion que tenia miedo de su sombra. La Fayette aunque intacto se retiró prudentemente sobre Givet. Rochambeau hizo dimision del mando del ejército del Norte, y el mariscal Luckner le reemplazó. La Fayette, aunque descontento al ver lo que acabamos de decir, permaneció, sin embargo, á la cabeza.

Tenia Luckner mas de sesenta años, pero conservaba el fuego y la actividad del guerrero, faltándole solo el genio para ser un gran general. Se le habia dado tal reputacion que no habia otra que se le igualase, en lo cual habia mas condescendencia que verdad. Para un general es una ventaja en cualquier pais el ser extranjero porque nadie le envidia, se le perdona su superioridad, y aun cuando no la tenga, se le supone, para perjudicar á sus rivales. Tal era el estado del anciano Luckner. Este hombre era aleman, discípulo de Federico el Grande, y como gefe de vanguardia se habia distinguido en la guerra de los siete años en la época en que Federico cambiaba el modo de hacerla creando su nueva táctica. El duque de Choiseul, quiso quitar á la Prusia un general de aquella grande escuela, para que enseñase el arte moderno de los combates á los generales franceses. En consecuencia habia arrancado á Luckner de su patria á fuerza de promesas, de bienes, y de honores. La Asamblea nacional, por respeto á la memoria del rey filósofo habia dejado á Luckner la pensión de sesenta mil francos que se le daba antes de la revolucion. Luckner, indiferente á las constituciones, se habia creído revolucionario por reconocimiento, y era casi el único de los antiguos oficiales generales que no hubiese emigrado. Rodeado de un brillante estado mayor de jóvenes oficiales del partido de la Fayette, entre los que se contaban Carlos Lameth, de Jarri y Mateo de Montmorency, creia buenamente que eran suyas las opiniones que aquellos trataban de infundirle. El rey le acariciaba, la Asamblea le adulaba y el ejército le tenia respeto. La nacion veia en él

el genio misterioso de la antigua guerra que venia á dar lecciones de victoria al patriotismo inesperto de la revolucion, ocultando infinitos recursos bajo la aspereza de su frente y el oscuro germanismo de su lengua. En todas partes se le tributaban homenajes como al dios desconocido. Ni merecia estos ni los ultrages de que mas tarde se le honó. Este hombre no era mas que un valiente soldado que estaba tan fuera de su centro en las córtes como en los clubs. Un cuanto tiempo fué el idolo del pueblo y de la córte, despues se convirtió en juguete de los jacobinos, que le llevaron finalmente al cadalso, sin que él mismo pudiese comprender, ni su popularidad ni su crimen.

XIV.

Berthier que fué luego el brazo derecho de Napoleon, era entonces gefe de estado mayor de Luckner. Este general habia concebido en fuerza del instinto de la guerra, el plan atrevido de Dumouriez, y á la cabeza de veinte y dos mil hombres habia penetrado en Courtray y en Menin, pueblos pertenecientes ya al Austria. Biron y Valence sus dos tenientes, le instaban á que permaneciese allí, y Dumouriez le decia lo mismo en sus cartas. Al llegar á Lila, supo Dumouriez que Luckner habia retrocedido de repente hácia Valenciennes despues de haber quemado los arrabales de Courtray, dando con esto en todas nuestras fronteras la señal de la indecision y de la retirada.

Las poblaciones belgas, comprimidas en su ímpetu por aquellos desastres ó por la timidez de la Francia, perdian la esperanza é iban doblándose bajo el yugo austriaco. En las fronteras iba creciendo la alarma y estrechándose todo cada vez mas. El general Montesquieu reunia á duras penas el ejército del Mediodia. El rey de

